



Biblioteca del
BICENTENARIO

MARÍA WIESSE



QUIPUS

RELATOS PERUANOS
PARA NIÑOS



Maderas de

JOSÉ SABOGAL



MARÍA WIESSE

QUIPUS
RELATOS PERUANOS
PARA NIÑOS

Maderas de José Sabogal





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

Quipus

Primera edición: noviembre de 2019

Dirección editorial: Carlos O. Aburto Cotrina

Coordinación editorial: Rubén Silva

Cuidado de la edición y cronología: David Abanto

Jefa de arte: Laura Escobedo

Diseño, diagramación y retoque digital: Danitza Navarro

Ilustraciones: maderas de José Sabogal

La fotografías incluidas en este libro son parte de la colección de Isabel Sabogal.

© del texto: la sucesión María Jesús Wiese Romero: Isabel María Sabogal Dunin Borkowski, Ana Bozena Sabogal Dunin Borkowski, María Jadwiga Sabogal Dunin Borkowski, 2019

© de las ilustraciones: la sucesión José Arnaldo Sabogal Diéguez: Isabel María Sabogal Dunin Borkowski, Ana Bozena Sabogal Dunin Borkowski, María Jadwiga Sabogal Dunin Borkowski, 2019

© de esta edición: Ediciones SM S. A. C.
Micaela Bastidas 195, San Isidro, Lima, Perú
Teléfono: (51 1) 614 8900
contacto@sm.com.pe

Impreso en el Perú / *Printed in Peru*

Impreso por Cecosami S. A.

Calle 3, Mz E, Lote 11,
Urb. Sta. Raquel, Ate Vitarte,
Lima 3, Perú
Diciembre 2019

Tiraje: 1500 ejemplares

ISBN: 978-612-316-930-5

Hecho el Depósito Legal
en la Biblioteca Nacional del Perú: 2019-16773

Todos los derechos reservados. Queda prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin el permiso previo y por escrito de los titulares de los derechos de propiedad intelectual.



QUIPUS



RELATOS
PERUANOS
PARA NIÑOS

por MARIA WIESSE

modificados de
JOSE SABOGAL

LIMA 1936

EL PAÍS DEL SOL

Había una vez, y de esto hace miles y miles de años, un gran país, en el que no habitaba criatura humana alguna.

En el cielo de un azul purísimo el sol resplandecía y derramaba su luz vivificante sobre los árboles, sobre las plantas y sobre los animales, pero en la región no había una sola criatura humana, que recibiese la luz bienhechora del sol...

Y pasaron las mañanas y pasaron las tardes y las noches, que formaban el cortejo monótono y largo de los meses y de los años y el sol brillaba tan solo para los grandes bosques y la floresta exuberante; para los campos incultos, donde erraban gigantescos y extraños animales; para los rudos picachos de las sierras y las playas bañadas por el mar.

Aquel país —donde no había un solo hombre— era un inmenso territorio de una maravillosa variedad de climas, paisajes, fauna y flora. Era un territorio compuesto de tres regiones, que tenían cada una su fisonomía y su aspecto propios; tres regiones tan distin-



tas entre sí, que hubieran podido hacer tres países y que, sin embargo, formaban un solo todo vastísimo, hermoso y de gran riqueza.

La costa: suaves llanuras, un cielo pálido, de delicados tonos grises, valles floridos, arenales desolados, playas de doradas arenas. El calor fuera tremendo si del océano no vinieran frescas brisas, brumas que hacen más agradable la temperatura. La costa principia en las playas, donde mueren las olas y termina al pie de la gran cadena de montañas; al pie de la Cordillera de los Andes.

Y se levanta altiva, imponente, bravía la sierra con sus picos audaces, sus gargantas profundas, sus cumbreres resplandecientes de inmaculada blancura —la nieve ha revestido para siempre los cerros—, sus ríos que descienden cantando por valles y quebradas. En la sierra los valles son más floridos, más risueños que en la costa y el firmamento es de un azul intenso, de una transparencia de cristal. Los campos, que gozan de lluvias frecuentes y copiosas, son de un verde limpio y tierno.

En las mesetas o altiplanicies de la Cordillera sopla un viento helado y no crecen ni árboles ni plantas; solo prospera una yerba menuda y un árbol pequeñito; es la Puna áspera y desolada. Y en una de aquellas altísimas mesetas brilla, como una piedra preciosa, un lago extenso y profundo como el mar y en cuyas aguas serenas se refleja el azul maravilloso del cielo.

La región oriental de ese inmenso país está cubierta de árboles, de plantas, de verdura exuberante y espléndida. Es la selva, mundo misterioso y enorme, que encierra un tesoro de riquezas vegetales.

Allí en la selva, en el oriente, el sol quema; el sol alumbra con violencia, con exceso. Y las lluvias caen tan copiosas, que inundan la espléndida floresta. Los ríos corren, arrastrando abundante caudal de agua. Todos van a formar el río, que tiene más agua del mundo; un río, que en el transcurso de los siglos, será uno de los caminos del continente americano.

Ese maravilloso y vastísimo país de playas, llanuras, valles, cerros, montañas, bosques, lagos y ríos; ese país que esperaba al hombre, era lo que es hoy, nuestra patria; era el Perú.

LOS PRIMEROS POBLADORES



Pero un día llegaron al hermoso y extenso país —que solo habitaban animales— unos hombres venidos de tierras muy lejanas.

Estos hombres vinieron navegando en unos troncos de árboles y caminando sobre el mar helado; habían dejado su tierra en busca de lugares más propicios a la caza y a la pesca y también empujados por ese anhelo de aventura, ese deseo de lo desconocido, que atormentará a la humanidad, hasta el fin de los siglos.

¿Cuáles fueron los primeros lugares del Perú, que el hombre habitó?

Un sabio alemán dice que los primeros pobladores del Perú —pobladores llegados del lejano continente asiático— se establecieron en las playas de la costa, pero un sabio peruano sostiene que los emigrados entraron por la sierra y que, de allí, bajaron a la costa.

Lo cierto es que ya el hombre habitaba el gran país —antes solitario—; la tierra, el mar, los campos, los lagos, los ríos, las montañas y los bosques le ofrecían frutos, alimento, sustento y albergue. Vestido de pieles de animales o con el cuerpo cubierto de extraños dibujos, de extrañas pinturas; rudo, fiero, bárbaro el hombre recorría el territorio que, ahora, era su tierra, su país. Las cuevas de los cerros le servían de habitación y de albergue; comía la carne de los animales, que mataba, los frutos de los árboles, las raíces de los campos.

En las anchas playas, donde se escucha la canción monótona del mar, buscaba los mariscos y las conchas incrustados en las peñas. Salía en frágiles canoas, desafiando a la tempestad y a los vientos, a pescar los peces, que moran en las aguas del océano.

Así se desenvolvía la existencia de los hombres primitivos del Perú; en la sierra eran cazadores; en la costa, pescadores.